

EL GRAN BUVFON



Semanario ilustrado de humorismo.
14, Núñez de Balboa.—Teléfono 3.760.—Apartado de Correos 618.



La fumadora.

Dibujo de Ricardo Marín.



—A mí se me estropearán los dientes; pero ¡qué me quiten lo fumado!

20 céntimos.

EL GRAN BVFON

Semanario ilustrado de humorismo. Diez y seis grandes páginas de texto de los más prestigiosos escritores y dibujos en negro y en color de los mejores artistas.

SALE TODOS LOS DOMINGOS

En los números publicados hasta la fecha han escrito en EL GRAN BVFÓN Jacinto Benavente, Francisco Villazspesa, Joaquín Dicenta, José Francés, Ceferino Avecilla, «Claudina Regnier», Prudencio Iglesias Hermida, Emilio Carrère, Antonio de Hoyos y Vinent, Manuel Abril, Ismael Urdaneta, Julio Carabias, Hernández de Herrera, Goy de Silva, González de Zabala, Gabriel Durenzo, Pablillos de Valladolid, Andrés González Blanco, Diego San José, Prudencio Canitrot, Luis Gabaldón, Carlos Soler, Hernández Luquero, Ricardo Marín, etcétera, y han dibujado Ricardo Marín, José Moya del Pino, «Tito», Félez, Willem-Gullwal, Rulotte, Gullbramson, Manchón, Cerezo Vallejo, Barbero, etc.

SUSCRIPCIÓN.....	En España.	Seis meses, 6 pesetas.	Año 10 pesetas.
	En Portugal	7 francos.	12 francos.
	En el Extranjero	8	15

Las suscripciones han de comenzar en el primer número de cualquier mes y pueden hacerse en nuestras Oficinas directamente y en todas las Agencias y Librerías del mundo. El pago ha de hacerse con la orden de suscripción. Los suscriptores de fuera de Madrid pueden enviarnos el importe de su abono en Giro, Letra, sobre monedero ó sellos del correo.

PUBLICIDAD EN "EL GRAN BVFON,"

Anuncios en negro y en color según tarifa que enviaremos gratis y franco á cuantos anunciantes lo deseen.

PEQUEÑOS ANUNCIOS ECONÓMICOS

Hasta 15 palabras, 2 pesetas; cada palabra más, 0,10 céntimos. Las abreviaturas y cada cinco cifras se facturan como una palabra.

A cada anuncio ha de unirse 0,10 céntimos sobre su coste neto por el Impuesto de Timbre.

NUMERO CORRIENTE, 20 CENTIMOS; ATRASADO, 50.

DIRECCION Y OFICINAS

Núñez de Balboa, 14.—Madrid.

Apartado de Correos 618.—Teléfono núm. 3.760.



Luis Bonafoux.

A la deshecha redacción de "La Palabra Libre".



BONAFOUX se le agrió en el estómago la primer bocanada de leche que mamó. ¿Es así?

Así fué, sin duda. Por esto Bonafoux tiene un concepto de la vida de incommovible certidumbre.

Todo lo grande es agrio, como la leche de Bonafoux. La Justicia, la Verdad, el Odio, el Amor, el Dolor, la Venganza...

El odio es grande. Y fecundo.

Odiar es un deber en todo hombre.

Y claro es que el hombre capaz de odiar fervorosamente siente también con fe, á sus horas, el amor.

Los apóstoles retóricos de la paz y el amor generalmente son—y de eso viven—usureros, comerciantes, periodistas vendidos, sacerdotes...

El odio, como todo lo grande, se lleva guardado; solamente sale el perfume, y esto con sencillez tal que el que odia á la alta canalla social que nos rodea lo manifiesta casi siempre sin notarlo.

Bonafoux es un maestro: odia y manifiesta su odio con una alegría y una gracia que, si ha tenido y tiene imitadores, todavía no ha encontrado quien la iguale.

Sobre esta alegría y esta gracia hay un espíritu de justicia que hace de Bonafoux un hombre considerable.

Los débiles, los vencidos, han hallado siempre en su caída la mano derecha de Bo-

nafoux, que se les tendía en el aire inesperadamente.

Cuando el ansia de justicia le ordena á ese hombre que sea cruel, para ese gran corazón no hay respetos humanos: nada significa, por ejemplo, una sepultura.

Bonafoux se sienta encima. Y si se le ocurre hacer otra cosa peor, la hace también.

La fuerza medular de Bonafoux, orientada por uno de los cerebros más soleados y poderosos de hoy, espanta.

La serenidad, la ligereza, la justicia, la agilidad y la gracia con que ese hombre habla de todo lo que puede interesarnos á todos los hombres, revela un poderío mental, una nobleza, un dominio tan magistral de sí mismo, que yo creo profundamente que Luis Bonafoux es el escritor de raza más vigorosa de España.

Una crónica de Bonafoux hace sentir y pensar, sin remedio. Este es el secreto de los hombres que tienen por maestra inmediata á la vida.

Para tamizar las enseñanzas de la vida directamente, sin que antes pasen por otro hombre que se encargue de transmitirnoslas se necesita un cerebro potente y original. Y esto es Bonafoux.

Para redondear bien lo que acabo de decir, vean ustedes si piensan, como yo, que el talento consiste en saber aprovecharse bien de la experiencia propia, y que el genio es la experiencia de todos, reunida bajo el cráneo de uno solo. No sé si está claro.

La fuerza emocional de Bonafoux es intensa. En su reciente libro *Los españoles en Paris* hay unas crónicas dedicadas á la explotación de niños compatriotas nuestros, en

la capital francesa, que producen la emoción de todo lo grandemente sincero trazado por un cerebro que sólo tiene por religión lo justo.

Esto quiere decir, además, que la prosa de Bonafoux, de agilísimas articulaciones, es, en los momentos supremos, de una concisión de estilo que tiene por aborígenes á Pí y Margall y á Tácito.

Hablando de estilos concisos, de todos los tiempos, hay la obligación de mentar á *Asorin*. Pero el estilo impecable de este pensador es menos vivo, tiene mucho menos calor de humanidad que el de Bonafoux.

En cualquier crónica corta de este desterrado por gusto hay por lo menos una frase que se revuelve como un tigre contra el que lee. Leyendo á Bonafoux yo experimenté muchas veces la sensación de que una frase me saltó á la garganta, y tuve que hacer fuerza con las manos para separarla.

Entre los grandes artistas de todas las épocas se hallan, sin duda, temperamentos tan fuertes como el de Bonafoux, pero más no. En este hombre todo sale del cerebro á la calle, sin que parezca que cruza por el sencillo y mecánico artificio necesario de la pluma. Jamás hubo ahí la preocupación del estilo.

Quitadle á Joaquín Dicenta el «Juan José», y todo lo demás es música de campanas.

Dicenta es el escritor que más se ha preocupado inconscientemente del estilo, careciendo de él, que esto es lo más estupendo. Es el antípoda de Valle Inclán. Este se preocupa del estilo, y lo consiguió original y bellísimo hace muchos años.

Don Ramón es Benvenuto.

El estilo de Dicenta podrá conseguirse de este modo:

—Piense usted—si puede—la manera de decir bien, que empieza la primavera. Bueno. Ahora, dígalo usted del modo diametralmente distinto. Este es Dicenta.

En Bonafoux no hay más que la naturaleza sometida al pensamiento. Esta es la explicación de esta frase eterna: «El estilo es el hombre».

Aquí está encerrado el secreto de la eterna juventud.

En los gustos del hombre admirable noble, cínico y brutalmente sincero de quien hablo, no entra el agrado ante la palabra de *maestro* que le puede dedicar la juventud. Hay algo que huele á cadaverina en el fondo de esa palabra, sin saber por qué.

A pesar de que no le alcanza esto último, Bonafoux es un maestro. A mí me ha enseñado á pensar, y á perseverar luego en los pensamientos que van á la verdad ó que considero yo que van, que no es lo mismo.

Yo puedo decir que me destetaron leyendo á Bonafoux, puesto que empecé á leerlo siendo muy niño, allá en mi tierra del Norte cuando luchaba por las noches como un león contra el sueño esperando la llegada del *Heraldo* por la crónica de Bonafoux. Por este hombre me he enterado de muchas cosas que no se me olvidarán fácilmente. Es muy probable que yo haya aprendido á pensar, en la medida de mis fuerzas, leyendo á Bonafoux, del mismo modo que he querido aprender—sin conseguirlo—á formarme el carácter, estudiando la energía, el ansia de justicia, la independencia salvaje y hasta la mala educación, á ratos, de Bonafoux y Nakens.

Certifico que Luis Bonafoux—aunque le pese—es mi maestro, y, conmigo, de muchos jóvenes más que no se atreven á decirlo, porque, aunque lo siente, tampoco se atreven á pensarlo.

El miedo nos asfixia. Por esto Bonafoux.

con su poderosa y originalísima significación literaria, Bonafoux aborrecido de antiguo por muchas gentes, puede constituir un peligro para los jóvenes que sinceramente lo admiren y lo manifiesten.

Bonafoux es una afirmación tan rotunda que se puede decir que el que lo admire es porque piensa como él.

La sinceridad es un peligro, y como esto, entre gente honrada, no puede ser, es necesario que, poco á poco, nos hagamos más hombres.

Nos falta la virilidad del hombre que afronta la verdad de sus defectos, no esa otra virilidad absurda de navaja ó garrote, espada ó pistola con padrinos ó sin ellos, es decir, con la matonería respetada ó con la que se paga en cárcel.

Yo creo que Noel es el primer escritor contemporáneo, y así lo he manifestado cuarenta veces. Noel cree que yo, intelectualmente, soy un molusco. ¿Y qué? ¿Voy yo á tener la vanidad irracional de lo que yo llamo *mi inteligencia*, del mismo modo que una

cortesana tiene la vanidad animal de su grupa, por ejemplo?

Todo el mundo tiene derecho á pensar que yo soy un animal, del mismo modo que yo puedo pensar que todo el mundo es una bestia. La satisfacción de la verdad, aunque sea contra uno, tiene un encanto que no se parece á nada.

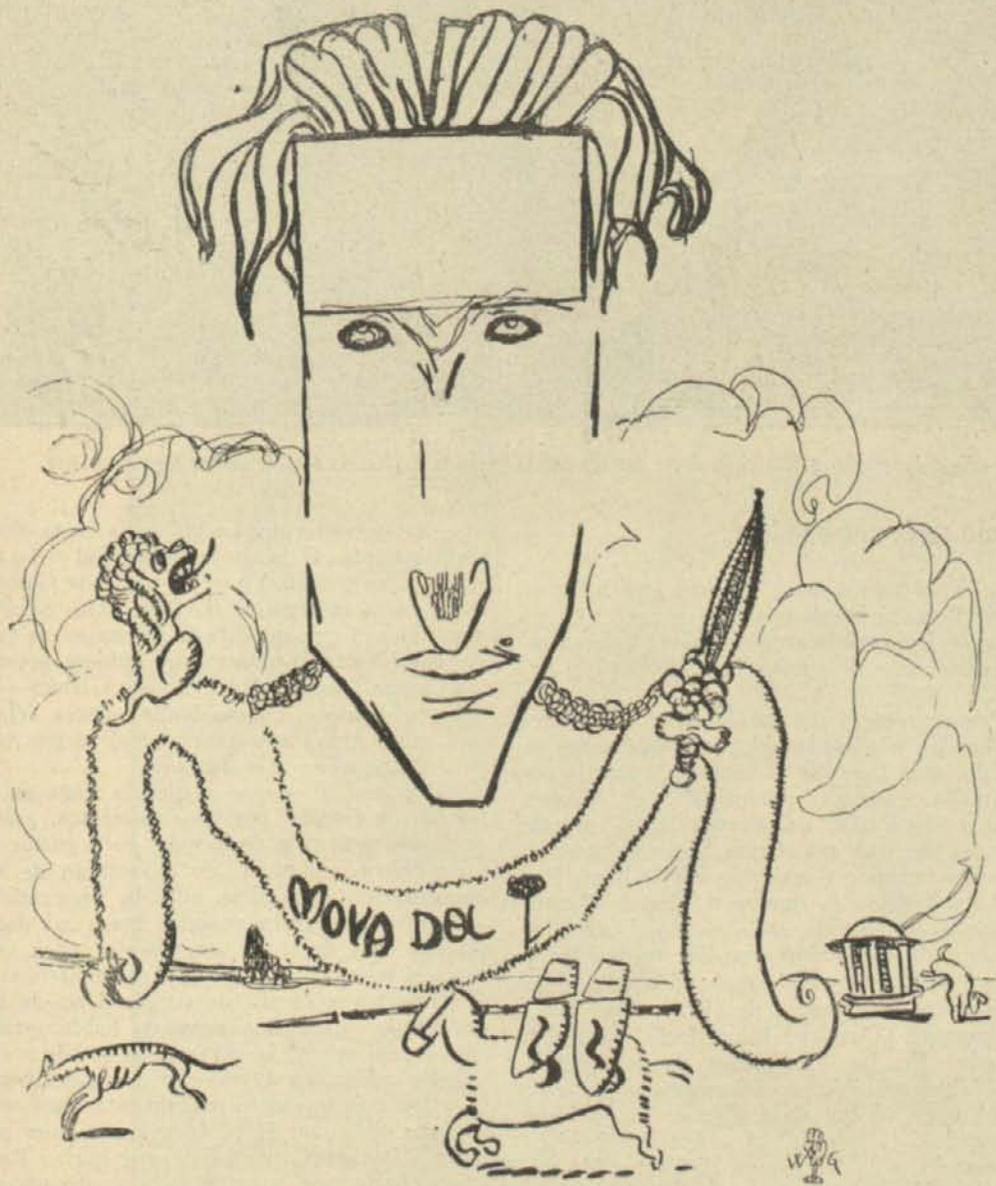
Yo me explico la alegría del chico que hace barbaridades en el colegio para luego decirle al maestro delante de todos los compañeros:

—Sí, señor. Tiene usted razón. Soy una perfecta caballería.

Esto de despojarse de la vanidad, de pisotearla, de bailarle encima delante de gente proporciona esa satisfacción que no tiene otro equivalente que la alegría del toro, en la dehesa, después de cumplir sus deberes con lo que le cuelga.

En fin, habrán ustedes visto que de Bonafoux vengo, y á Bonafoux me voy derecho. En todo lo cual tengo una gran honra.

Prudencio Iglesias Hermida.
Car. de Moya del Pino.



Moya del Pino.

Un duro puede ser sevillano, pero Moya del Pino es cordobés.

Esto es una tontería, pero no me iba yo á privar del gusto de decirla sólo porque á cualquiera le pareciera mal.

Moya del Pino tiene un talento enorme. Este hombre grande tiene su estética, su principio filosófico de la vida y el arte, y él es quien lo guía en sus magistrales concepciones. No es una mano que ejecuta maravillosamente; es, además, un cerebro ordenado,

poderoso, perfectamente orientado por la brújula, de una cultura seria y moderna.

Es un artista que haría un papel de indiscutible gallardía en Francia, Alemania, Inglaterra.

Gullwal ha hecho una caricatura magistral. Y no añadimos más porque Moya del Pino es de casa. Pero aunque es amigo nuestro, es decir, á pesar de esto, lo admiramos sinceramente.

¡Y ya es conseguir!

Un botón.

Altruísmo.

Vidas devotas y ejemplares de altos varones y grandes hembras.



Es un hotel aristocrático, muy á la moderna española—muy francés—, á las diez de la mañana de una límpida mañana de Enero sale la señora marquesa sin temor á la helada, que aun conserva hecha cristal el agua del riego de los árboles.

¿Dónde va la señora marquesa tan de mañana?

Arrogante, espiéndida va. Regio su porte; lleno de noble sobriedad su boato, no lleva la marquesa el menor detalle de llamativa ostentación; pero todo en ella tórnanse regio, porque su belleza es lujo y soberanía.

La luz cae blanda en el abrigo de terciopelo negro, mullidamente, y, fuera de esta sobria suntuosidad, ni un ornato; sólo una mano muestra fulgente pulcritud en las uñas y riqueza legítima en las sortijas, cuando, despojada de guante, sale de entre las amplitudes del manguito y pasa su aristocrática suavidad por los ojos cansados; sólo entre el cuello del abrigo, que la acaricia arrebuñándola, que la abraza y la besa y la guarda con su calor y suavidad, distingue sobre el pulpejo gordozuelo y rosado fulgor mate de perla.

Tiene la marquesa el pie pequeño, señoril el andar, erguido el busto y opulento. La frente es lisa aún, es tersa; en las sienes apenas si se advierte alguna que otra cana, atenuada por el rubio desvaído del pelo; miran sus ojos con frecuencia excesiva á la lejanía del pasado, y en la sabrosa madurez de la boca, allá en las comisuras, márcase leve caída melancólica.

¿Quién puso el desgarrón amargo en los labios de la marquesa?

¿Fue aquel apasionado amor con el capitán de la escolta, bello y rubio y marcial, como los héroes de las novelas *pour jeunes filles*, é ingrato como los hombres que son queridos con exceso? ¿Fue aquella vida de París que contaban las crónicas? ¿O esta juventud, este adolescente de ahora, que la mira en silencio con avidez y timidez, con humildad tan conmovedora y osadas simpatiquisimas?

La marquesa no dió jamás, por dignidad, su vida al viento; así es que sólo ella sabe los secretos que han tupido el velo á sus ojos y han puesto la sonrisa de cansancio en sus labios. Sabe cuántas son las saetas que se clavan en los corazones de las que, como ella, amaron tanto y nacieron para entregarse siempre.

La marquesa en este momento crítico de su vida tiene un torcedor de conciencia propio de almas como la suya, que sienten el amor al prójimo y el desprendimiento de lo propio con irreprimible efusión y escrupulosidades sutiles.

Una vida en su adolescencia, cuando los muchachos necesitan de más delicadeza para que su total granar no se malogre ni padezca, pide y adora á un tiempo con labios y miradas.

Ella, por su egoísmo, desecharía este nuevo motivo de dolor, llanto y desengaño á plazo fijo; gotean melancolía las heridas pasadas, y se siente débil para interesar su corazón en nuevas empresas redentoras, que le dejarán al cabo dolorido.

Encuétrase—¡Dios se lo perdone!—un poco cansada para otro nuevo sacrificio. Pero, por otra parte, su atavío es opulento, su carne está repleta aún de almíbares sabro-

ros y cálidos, como fruto maduro hasta saturación, y es más aguda y ahogadora que nunca el ansia maternal de sacrificarse, de entregarse, de hacer la caridad sentimental de sus tesoros á quien los anhela con ilusión.

La marquesa está persuadida de cuánto secreto agradable conserva, y es una punzada cruel para su corazón generoso y sensible pensar que un pobre muchacho, tan bueno, tan guapo, tan niño, implora y admira con sus hermosos é ingenuos ojazos muy abiertos, y que todas las delicias naturales de su esplendor—la tersura, el calor, el rosado de la tersura cálida y la abnegada adhesión de su ternura—, juntamente con las suavidades artificiales de su riqueza—transparencias, encajes, suavidades sedenas y perfumes—, vayan á serle negadas sin compasión con un gesto de dignidad mortificada.

Por un lado, el bajo egoísmo la amedrenta; el espíritu, por otro—llama de amor viva—, se enciende, ondula, crece y se desborda flameando.

¿Qué hacer?

Ha consultado con su padre espiritual; ha consultado con los Balzac, Bourget, Prevost: según éstos, ha de envolver su atavío en la púrpura de la renunciación oportuna; pero esta es solución de coquetería mundana, que atiende más á la posición distinguida y cómoda del interesado que al bien de los otros. Según el director espiritual—poeta de las a más sensitivas—, quédale un camino de ventura, un sendero de luz que cruza por un prado de margaritas y lleva á un tabernáculo, donde hay sobre el dintel una paloma blanca; pero este es el camino perfumado de la salvación fácil y no el empinado y espinoso del sacrificio.

Titubea, sufre, se preocupa; rendida de dudar, pasa sobre sus ojos con frecuencia la mano cariciosa, y el arrogante seno, henchido un punto, decrece nuevamente en flujo y reflujo de marea, que se resuelve al fin en un suspiro más lánguido y más bello que va's bajo la luna.

Sólo la Gracia podrá traerle luz. Y en este crítico momento de su vida ejemplar, en tanto espera que la voz inefable de lo íntimo la aconseje y conduzca, en esta gélida mañana de Enero, muy de mañana, sin coche, por su pie bien calzado, va diligente á cumplir el cometido semanal de repartir, humilde, la comida á los pobres en un establecimiento benéfico de su fundación, que sostiene y dirige...

Hay almas así, que no pueden vivir sino beneficiando á sus hermanos.

Manuel Abril.

Á la condesa de V.

Si la gloria perínclita alcanzara
De trasladar al lienzo tu belleza,
Fondo buscara lleno de nobleza
Do tu figura prócer destacara.

Sobre tapiz purpúreo señalara
El valiente perfil de tu cabeza,
De tu frente la altiva gentileza,
Y de tus ojos la mirada clara.

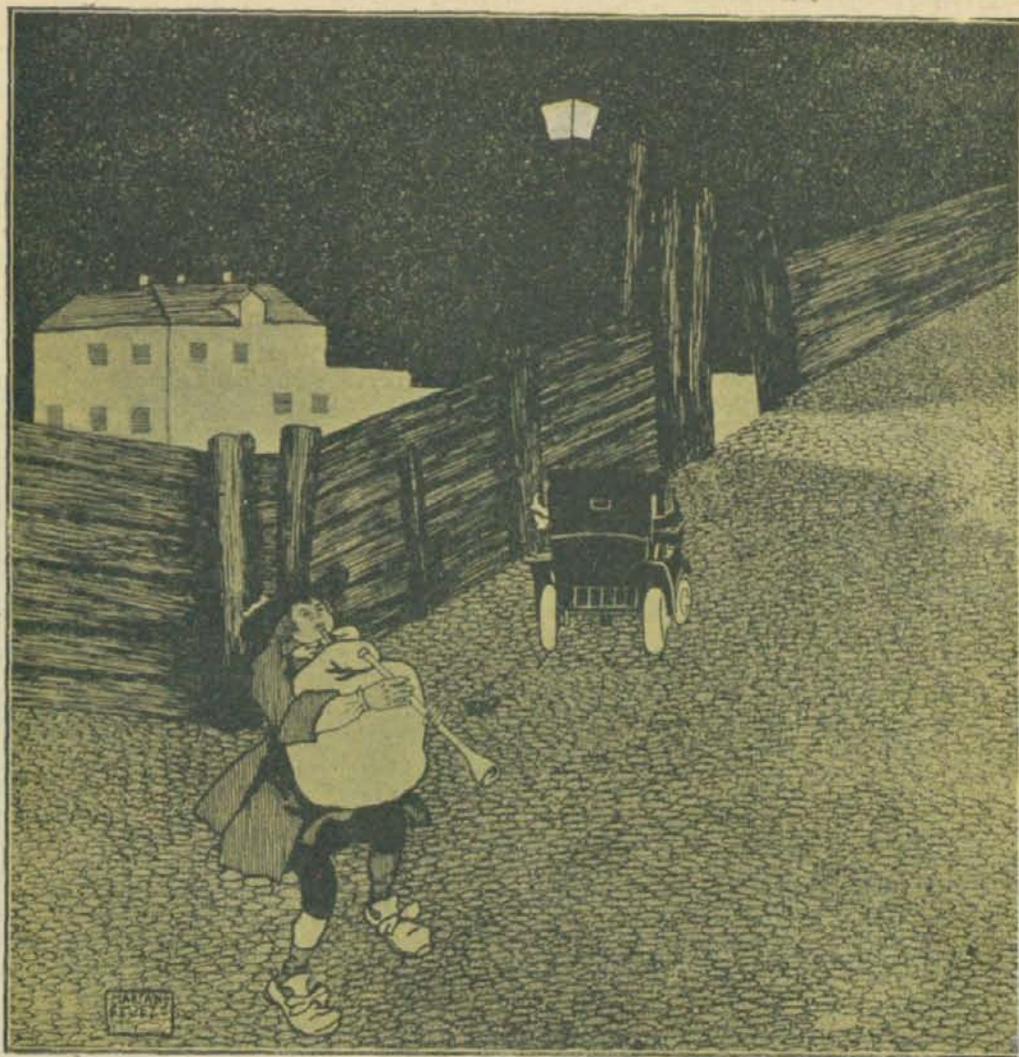
La sonrisa enigmática que pliega
Tus labios, dulces como el sicomoro,
Trazara mi pincel con trazo lleno,

Y cual manto triunfal que se despliega
La regia pompa del cabello de oro
Sobre la alba opulencia de tu seno.

Cárlos Hernández de Herrera.

Noche de Piñata.

Dibujo de Féliz.



— Esto de templar gaitas en la noche que los demás hacen la Piñata, no deja de ser un poco simbólico.

Cómo sería un bandido.

... Y, naturalmente, las gentes entregáronse de lleno al bandolerismo.

La película, de «largo metraje», había causado una emoción profunda. ¡Bonnot! ¡Garnier!

Primero fué el deleite de sus hazañas, reproducidas con espantable fidelidad sobre la tela blanca. Después el inefable gozo de comentarlas. ¡Bonnot! ¡Garnier! ¡Oh, las maravillas de París! ¿Qué cosa no es grande con tal de que nos llegue de ese pequeño cosmos admirable y adorable que se llama París? Así fué que la muerte trágica de Bonnot y Garnier, y su vida, más trágica si cabe, espolearon la curiosidad mundial traducidas á todos los idiomas y comentadas á través de los más antagónicos puntos de vista.

¡Bonnot! ¡Garnier! La película había terminado. En las localidades de preferencia entablábase el diálogo. Oigamos:

—Yo, en el lugar de Garnier me hubiese entregado á la justicia. Sí, señor. Me hubiera presentado en la Prefectura diciendo: Yo soy Garnier. No quiero causar, inútilmente, nuevas víctimas ni que nadie ingrese en la Legión de Honor á costa mía. Me doy preso.

—Yo, no. Hubiese hecho lo que hizo. Como Bonnot. Os aseguro que hubiese vendido cara mi libertad, ó mi vida, que es lo mismo. ¡Iba yo á portarme como aquel desdichado chófer, que dicen era bilbaíno! Suicidarse sin más ni más... ¡Vamos, hombre!...

—Aquello fué una cobardía, es verdad. Indigna de un bandido de estirpe á lo Bonnot. No hay derecho á desprestigiar un nombre conquistado con tanto esfuerzo.

—Estoy conforme. La gallardía hasta el último instante. O la suprema maldad ó la suprema abnegación. Yo en el lugar de Garnier me hubiera entregado, sí. Pero antes hubiese aguardado á que mi cabeza alcanzase un precio exorbitante. Entonces me hubiese presentado á una familia pobre. Yo soy Garnier—les hubiera dicho—. Quiero hacer vuestra felicidad, y sea esto como compensación á mis culpas. Entregadme á la Justicia.

—La verdad es que se podría estar en la piel de un Garnier por unos momentos, ¿eh?, por unos momentos nada más, para gustar de esa zozobra espantosa, de ese estado de sobreexcitación indefinible ante la persecución. Y doblemente grato cuando, como yo digo, pudiera uno dejar de ser Garnier para volver á sí mismo con la curiosidad satisfecha.

Hubo un momento de pausa. Uno de los del grupo, que hasta entonces había estado en silencio, echóse la gorra atrás y dijo:

—Se podía ser Garnier momentáneamente por algo más que para experimentar esas sensaciones violentas. Si yo fuese un Garnier por algunos instantes... ¿sabéis lo que haría? Pues aprovecharía esos instantes para repetir uno de aquellos «golpes» famosos, el menos sangriento, por ser el más cómodo. Y en seguida renunciaría á ser Garnier. Volvería á ser «yo», y aquí, entre vosotros, entre todos, disfrutaría honradamente del botín... ¿Qué os parece?

—Hombre, á esa costa cualquiera sería bandido.

—Eso es—repuso—lo que yo trataba de demostrar.

Julio Carabias.

Fauna nacional.

Dibujo de Tito.



Don Cacique.



S. M. el Loro.



E incorporó Doña Julia á medias en el sillón. Apoyó una de las manos, temblosa y esqueletada por los años, en uno de los brazos, y con la otra señaló la puerta á Sagrario.

—¡Largo! ¡Largo de aquí! ¡Sal de aquí inmediatamente! ¡Fuera!

—Ya lo creo que me iré. Esta tarde misma. Pues hija... ¡hasta ahí podían llegar las cosas!

Y la criada salió dando un portazo.

Aun se la oyó gruñir y refunfuñar durante algún tiempo. Después sonó otro portazo, y, finalmente, un gran silencio envolvió la casa. Las dos viejas habían enmudecido.

Doña Julia bebió un sorbo de agua calentucha y turbia que había en la botella de encima de la mesa camilla entre varios números de *El Siglo Futuro*, un calendario zaragozano, una labor de crochet y una hojita mensual del *Apostolado de la Oración*.

Poco á poco se fué tranquilizando. Amenguó el hipar doloroso del pecho, cesaron de crujir los dientes, y en las manos quedó sólo el temblor habitual.

Incluso intentó seguir leyendo el artículo piadosamente integrista que llevaba mediado cuando empezara la discusión con Sagrario.

Pero no pudo. Las letras le bailaban ante los ojos, burlonas é ilegibles.

Entonces, dejando caer la cabeza contra el respaldo del sillón, meditó acerca del resultado que podría tener la disputa.

Inevitablemente, Sagrario había de marchar de la casa.

Los años que vivieron juntas fueron domando el espíritu altivo de doña Julia y ensoberbeciendo el humilde de Sagrario. Sin darse cuenta, ellas mismas pasaron de una á otra las virtudes y los defectos ajenos, y ocasión hubo en que los papeles estuvieron trocados de tan donosa manera que el ama obe-

decía como criada y la criada exigía como dueña y señora.

Doña Julia estaba dispuesta á que desapareciera aquella situación.

Las humillaciones, las flaquezas, el egoísmo disfrazado de excesiva bondad no habían acolchado lo suficiente su temperamento para que dejara de oír, al fin, la voz de su orgullo.

Muy duro había de serla ver caras nuevas, amoldar sus costumbres de solterona á las torpezas inevitables de una desconocida. Pero tendría paciencia.

Se puso las gafas, y alternando los chupetones al lápiz con las letras y los números temblorosos empezó á escribir la cuenta de lo que adeudaba á Sagrario.

Larga y confusa era la cuenta. Hacía trece años que la criada estaba á su servicio y ni un solo mes la entregó el salario correspondiente.

En cambio hubo de adelantarle cantidades para vestirse, para cuidar á los sobrinos del pueblo, para pagar la cama de *distinguida* en el hospital de la Princesa durante una enfermedad que padeció el año 1905.

Interrumpió Sagrario la cuenta entrando bruscamente y dirigiéndose hacia la jaula del loro. Al sentirla, el pájaro empezó á chillar.

—¡Hola, Sagrario! ¡Dame la paatita, loorito! ¡Arenal de Sevilla, olé, torre del Orro!... Ole... ole... ole...

La voz estridente, áspera, del loro hizo levantar á doña Julia la cabeza.

—¿Qué vas á hacer?

—Limpiar la jaula de *mi* loro para llevármelo.

—¡Ah!

Salió Sagrario con la jaula. Por el pasillo se fueron apagando los chillidos, las palabras recortadas, reforzadas por las erres.

Doña Julia volvió á quedar sola, súbitamente entristecida por el inesperado incidente. En los primeros momentos no se acordó que, al marcharse, se llevaría Sagrario *su* loro.

Quedaría más sola, más abandonada de lo que pensara en un principio.

Aquel loro había llegado á ser el compañero inseparable de las dos viejas.

Por las mañanas le sacaban al balcón y lograba reunir en la calle á todos los chicos

de la vecindad, que entablaban con él diálogos picarescos y algo peligrosos para la moralidad de la solterona.

Por las tardes, doña Julia le enseñaba canciones de su juventud, dulces é ingenuas, que tenían para ella la vaga melancolía de hojear un viejo libro de estampas.

A las horas de comer le colocaban sobre la mesa, y era de oír cómo se enfurecía cuando tardaban en darle las rubias patatas de la tortilla ó los pedacitos de nuez y las oscuras pasas que constituían el invariable postre de doña Julia.

Con el lento transcurso del tiempo se había acostumbrado á ver en el loro algo de sí misma, algo de los sueños no realizados, de los afectos que huyeron, de aquel hogar que no tenía risas de chiquillo, ni preocupaciones por las mozas casaderas y los jóvenes, amigos del amor y de las aventuras...

Doña Julia no pudo seguir haciendo números. Tenía los ojos nublados por las lágrimas.

Suavemente iba muriendo el día. Al balcón se asomaban las últimas luces del crepúsculo. Lejos sonaban campanas.

Volvió á abrirse la puerta y entró Sagrario. Venía vestida con la ropa dominguera, y en la mano derecha traía el pañuelo para llvárselo con frecuencia á los ojos.

Doña Julia levantó la mirada.

—¿Estás ya dispuesta?

—Sí, señora.

—¿Y el loro?

—Allí fuera...

(Pausa.)

—¿Te lo llevas?

—Claro.

(Pausa.)

—Tienes razón... Tuyo es...

—Claro.

(Otra pausa.)

Sagrario se limpió los ojos y lanzó un suspiro. Doña Julia se colocó las gafas para disimular los suyos llenos de lágrimas.

—Mira... Aquí tienes la cuenta de lo que has ganado en el tiempo que llevas en casa y del dinero que te dí durante ese tiempo. Te debo...

Se interrumpió para escuchar.

Lejos, muy apagado por la distancia, se oía decir al loro:

—¡No quiero ir á la escueeela! ¡¡Perro, perro, perrooo!!...

—¿Lo has pensado bien, Sagrario?—preguntó doña Julia.

—¿Yo? La señora es quien lo ha pensado. A mí no me queda más que obedecer.

—Pero ¿te has de ir esta misma noche?

—¿A qué esperar á mañana?

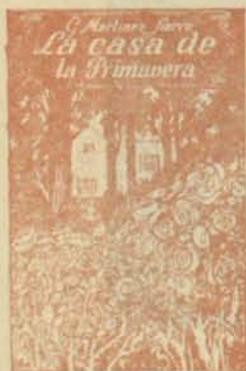
—Bien, bien... Como tú quieras. Podías dormir aquí hoy, y mañana Dios diría...

—Como guste la señora.

Se levantó para salir. Entonces doña Julia la detuvo diciendo:

—Mira. Tráete el loro. Quiero despedirme de él.

LOS LIBROS DEL DIA



G. Martínez Sierra, "La casa de la primavera" (poesías).—Eduardo Marquina, "Cuando florezcan los rosales" (comedia).—Ricardo León, "Los Centauros" (novela).—Leopoldo Alas (Clarín), "Obras completas, primer tomo".



Los tres á una: — ¡Así es la vida! Haber pagado tantas contribuciones, para que al llegar á viejos de Asilo nos den un rancho tan malo...

Sagrario salió tapándose la cara con el pañuelo. ¿Para secar las lágrimas? ¿Para ocultar la risa? Nunca lo supo doña Julia.

Aquella noche se acostaron más tarde que de costumbre.

Doña Julia quiso que el loro aprendiera completa la pícaro canción de «Por seguir a una mujer...», que empezaba con unos versos para ella inolvidables, porque los oyera el día en que riñó con su novio el alférez:

De Cádiz al Puerto
un salto pegué...

Y como el loro tardaba en aprenderlos, doña Julia decidió que Sagrario continuara en la casa unos días más.

José Francés.



El peligro en la virtud.

En un *tupi* de la Corredera Baja, menos distante de la parroquia de San Martín que del mercado de San Ildefonso, tomaba su tacita de café, todas las tardes, cuando volvía de la oficina, un tal Policrónico Alvarez, venido á Madrid desde un pueblecito manchego á cursar estudios de abogacía y que, por los batanes de la mala suerte y el encendido amor que una muchachita rubia y carillena le había prendido en el pecho, de trocar hubo la vida estudiantil por la monotonía enervante de una covachuela de Hacienda.

Policrónico era sentimental. Había leído á Espronceda, cuyo *Canto á Teresa* tenía él por el más bello de cuantos fueron escritos; se deleitaba con la sonoridad gloriosa de Zorrilla, y en sus momentos de *sentimentalismo agudo* se refugiaba en el exaltado lirismo de Gustavo Adolfo. Pero los ojos, un poco tristes, de Policrónico Alvarez no se pararon jamás, para desventura suya, en aquella sentencia de *El Buscón*, que dice: «Dios te guarde de mal libro, de alguaciles y de mujer rubia»; porque de haberla leído Policrónico acaso meditara en ella, y Teté, la rubia y gentilísima Teté—más peligrosa que un libro malo y una pareja de corchetes—no habría clavado en el corazón del estudiante manchego la caeta mortal.

Vivía Teté con sus padres en un cuartito interior de la Corredera, frente al *tupi* donde Policrónico tomaba su tacita de café todas las tardes cuando volvía de la oficina. Era modesta y nacida en la plaza del Avapiés, con lo que se dice que era de la más temible y

peligrosa condición, pues á la mucha bonitura del rostro agregaba las armas de la picardía y el donaire. De lo que provino la locura de Alvarez tomándola en matrimonio, y el abandono de la carrera que seguía, y el entrarse en una oficina del Estado para así defenderse de las tarascadas de la miseria.

Era Policrónico un marido ejemplar. Sólo vivía para su mujer, y por ella, el mayor de los sacrificios habríalo tenido por leve contrariedad y aun se habría regalado de aquel martirio en honor de su dama. El sueldo que disfrutaba, las escasas pesetas que venían de la Mancha y el producto de algunos trabajillos extraordinarios, íntegros los entregaba á la elegida de su corazón. El menor capricho de Teté constituía para Policrónico una necesidad imperiosa que había de satisfacer á toda costa. En cierta ocasión, como Teté viese en un escaparate un lindísimo bolso de piel de codrilo y mostrase deseos vivísimos de poseerlo, el marido se dió trazas—¡quién sabe á costa de cuántas privaciones!—para satisfacer la pueril exigencia. Fué día de incomparable júbilo para Policrónico aquel en que adquirió el bolso por el que tanto había suspirado la rubita de la Corredera. Y luego de este capricho hubo de satisfacer otro y otro..., porque la boquita rosada de Teté no cesaba de pedir algo todos los días y á toda hora.

Sucedió que con estos dispendios el presupuesto mensual de Policrónico Alvarez se desniveló totalmente. Y llegaron los días de penuria, y los pagarés no satisfechos, y la fea carátula de la miseria hizo una mueca á los

esposos. Después vinieron los disgustos, y por último, el rompimiento de aquella felicidad que Policronio había soñado entre las estrofas de *sus poetas* frente a la taza de café en el *tupi* de la Corredera de San Pablo. Teté un día se volvió a casa de sus padres, negándose a toda avenencia con el marido. Su marido era un estúpido que la martirizaba cruelmente. Prefería cien veces el divorcio a vivir con él.

Y Policronio Alvarez recitaba ahora las rimas de Bécquer, con lágrimas en los ojos y agonía en el alma:

Me ha herido, recatándose en la sombra.

Pero los días pasaron, y Teté ya no pudo vivir en casa de sus padres. Estos, sin embargo, creyendo cuanto les dijera la hija, se opusieron resueltamente a que los esposos desavenidos tornaran a unirse, y ellos, de escondite ahora, como dos novios, se encontraban todas las tardes en el rincón solitario de un café.

Era preciso rectificar la vida, ordenar la vida, vivir con mayor sexo que habían vivido. Policronio esperaba unas pesetas de la Mancha, y pondrían casa de nuevo y entrarían otra vez en los carriles de la vida matrimonial, pero con más cordura que antes.

—Yo sé que tú eres buena—decía exaltado Policronio—; yo sé que tú me quieres mucho, que eres muy honrada; lejos de mí, ¡a cuántos peligros estarías expuesta! Una mujer bonita..., vamos, que siempre..., una mujer bonita y joven como tú...

En una entrevista que tuvieron después de aquellos disgustos que los habían obligado a separarse, notó Alvarez que su mujer no traía el bolso, el lindo bolso de piel de cocodrilo, que no abandonaba nunca.

—Oye, ¿y el bolso?—la preguntó.

—Pues, mira... yendo con mi madre ¿sabes?... en la Casa de Campo... no sé... de pronto, ¡ay, mi bolso!... Lo buscamos, y nada... Va me comprarás tú otro ¿verdad, Poli?

Policronio se estremeció. ¡Otro bolso! Tan sólo él sabía los apuros que le había costado adquirir el perdido. Y, temiendo que insistiera Teté, varió de conversación.

Fue una tarde del caluroso Agosto cuando, recatándose como pecadores, entraron en cierta casa malfamada de la calle de Santa Brígida. Hambre tenían de abrazarse libremente, de mirarse a los ojos sin que los ojos del camarero los mirase con impertinente curiosidad.

Todo tembloroso, como quien comete una profanación y tiene conciencia de ella, condujo Alvarez a su mujer a aquella casa...

Y, al salir de la casa, cuando el manchego sentía clavada en el corazón la espina del remordimiento, oyó la voz de la vieja Celestina, que, encarándose con Teté, la decía:

—Señorita, tome usted este bolso, que el otro día se dejó usted olvidado en la habitación.

Pedro Luis de Gálvez.



- ¡Cuánto tardan las barcas!
- En cuanto llega la Cuaresma, ya se sabe. Ni un bacalao. No sé cómo se enteran.
- Cendrán calendario.

Renglones de una excéntrica.

Domingo de Piñata...

Ya han pasado tres días del Miércoles de Ceniza, que es un adiós desesperado al Carnaval y todavía resuenan en mis oídos los gritos y las exclamaciones de una multitud enloquecida cambiando confetti, bombones, flores y... castañas pilongas. Ellas, con miradas de bacantes en delirio, y ellos en perfecto estado de ebullición.

La fiesta carnavalesca—sinceridad y locura—despierta en todos nosotros, sobre todo en los temperamentos jóvenes y fogosos, un ansia febril de amar que no son suficientes a calmar los sanos consejos de Nuestra Santa Madre Iglesia. Cuando después de haber dejado resbalar hasta el suelo nuestra toilette y habernos despojado de las medias de seda transparente para colocarnos una suave ca-

misa de batista rebotante de encajes y lacitos, nos hundimos rechinando los dientes entre las frías sábanas del lecho, ese apetito se agudiza singularmente, haciéndonos soñar antes de dormir con Eva, Adán, el Paraíso, la serpiente, y el Señor estupefacto ante la travesura más deliciosa é insustituible que pudieron idear nuestros aprovechados padres.

Esas horas de escándalo y de alegría en que las muchachas sólo escuchan frases concupiscentes, promesas desgraciadamente incumplidas, y se ven apretujadas de lo lindo—vaya, esto menos mal—las soliviantan demasiado.

En la tribuna del Casino, un muchacho magnífico, tan blanco como un huevo, con los bigotes de oro, unos ojos deliciosos, que hacían pensar en el mar y en el cielo—las dos cosas más bellas del mundo—ancho y lo suficientemente alto para que yo me pudiese colgar de sus hombros como una gatita ena-

morada, me tuvo en tensión todas las tardes con su fragante juventud, su seriedad británica y su apostura de hombre muy corrido que conoce todos los secretos del amor y, podría, por tanto, hacerme saborear... Digo yo.

Sin que esto sea una indirecta a él, confieso que si llega a prolongarse el Carnaval dos días más, a la hora de escribir estos renglones el amor me habría arrojado en sus brazos, unos brazos que yo me figuro blandos y rosados, un poco femeninos; pero muy indicados para abandonarse en ellos como si fuesen los de una amiga ideal.

Porque aunque he leído en Jorge Sand que el amor es una santa y noble aspiración de la parte más etérea del espíritu, a consecuencia de mis investigaciones particulares puedo afirmar que para mí el amor no es sino la curiosidad de conocer la suprema sensación con determinada persona.

Eso de la sublimidad, la castidad y la santidad del amor son fantasías popularizadas por los cuentos de hadas. El amor es algo más fuerte, más violento y más práctico que todo eso. El amor, mi vida, es un amor imperfecto, que distrae algún tiempo; pero que llega a aburrir ó a agotar a la postre.

Yo, siempre que me he sentido enamorada, en vez de pensar en corretear con mi novio por el jardín cantando a la luz de la luna, gustaba más de sentarme con él en un buen diván al calor de la lumbre, y a los juramentos de amor—¡música! ¡música!—he preferido dejarme besar—haciéndome la púdica, porque eso es de buen tono—en la mar; porque si el galán tiene los labios húmedos y ardientes y los bigotes largos y sedosos se siente una exquisita y cosquilleante impresión que no proporcionan jamás un «Te quiero más que a mi vida», ó «Todo lo que yo tengo es para ti».

Por eso temo volver a enamorarme. La virtud es fina como la porcelana de Sevres, y si se cae se hace añicos. Así es que con lo que me entusiasma a mí balancearme, menuda catástrofe sobrevendría si yo cayese con el chico de la tribuna del Casino.

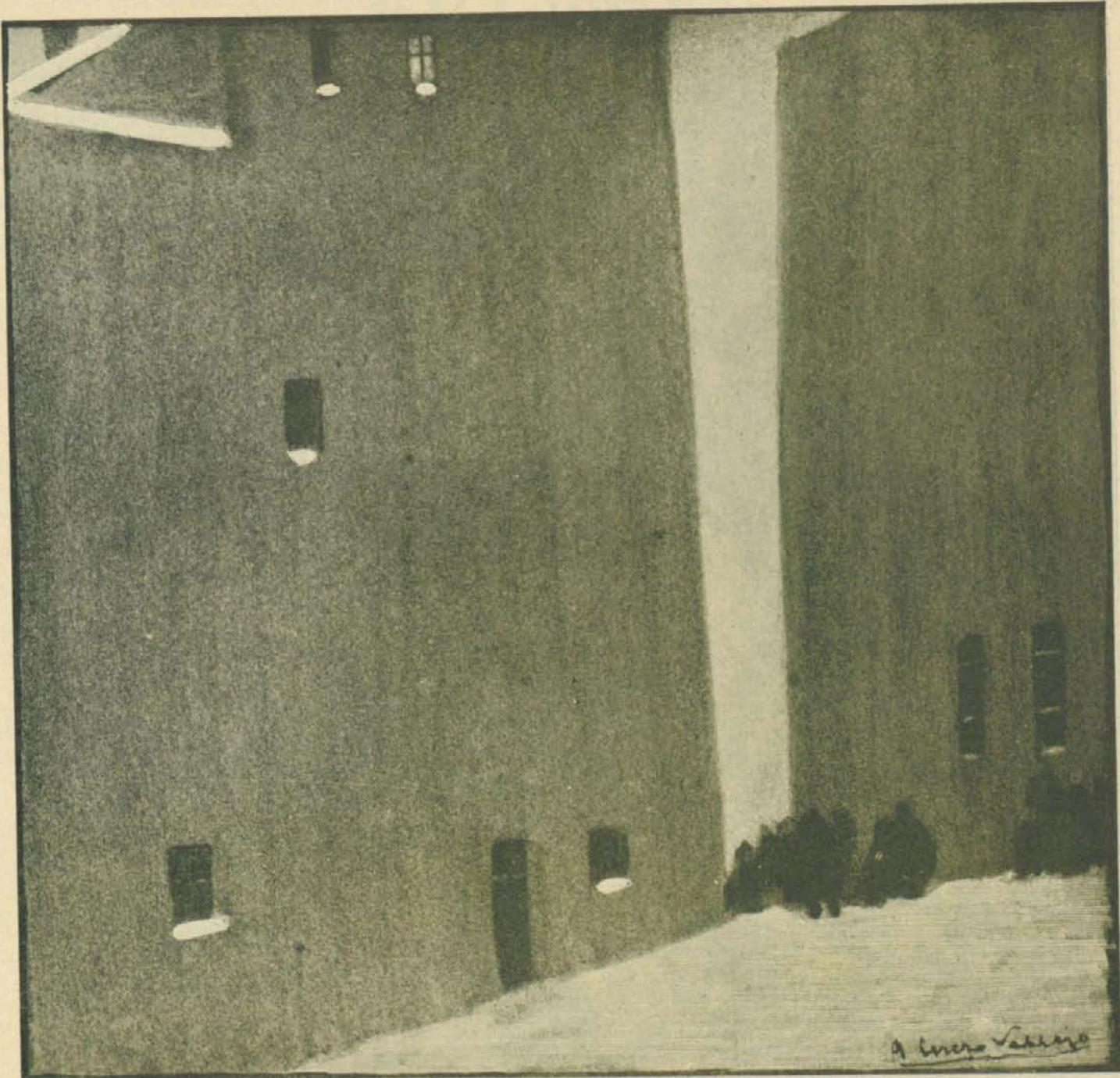
Ahora que ya no me pertenece suelo acordarme con frecuencia—por cierto con melancolía—de Alvaro Retana. No obstante las diferencias que hoy nos separan reconozco sinceramente que él es el único novio a quien yo he amado de verdad. Y le amaba porque ha sido el único muchacho capaz de comprender mi alma de animalejo dócil y cariñoso dentro de su rebeldía, que sólo ansía un amo; pero que huye de los amos que no saben mandar dulcemente, tan dulcemente que aun pueda yo creer que hago mi voluntad.

—Claudina, hoy huelen tus cabellos divinamente. ¿Violeta? ¿Rosas de Francia?—me ha preguntado Alvaro muchas tardes—. ¿Me permites que me cerciore?

Yo le ofrecía mis cabellos negros y rizados para que dulce, felizmente los mordiese con sus dientes menudos, y en seguida apagaba el desierto comedor para que nuestro idilio no escandalizase a los personajes de los tapices de Goya que miraban desde las pa-



Visiones de Castilla.



El Miércoles de Ceniza.

redes. Después... ¡ah!, era un pillo el tal Retana, listo y diabólico, capaz de colarse por el ojo de una cerradura... Pero conmigo se quedó á la puerta, porque aunque gusto de coger flores á su orilla, todavía no me he decidido á bajar al abismo. Yo soy así... y ¡viva la paradoja!

Ahora tengo que conformarme—cuando estoy en lo mejor de mi vida—con flirtear desde estas columnas con algún gentil Alberto Arrajado, teniente, que desea casarse conmigo—¡á Marruecos con ese valiente!—, con un estudiante que me brinda sus veinte primaveras y algo que rechazo porque no estamos en Adviento, ó con un viejo cínico y procaz que, sintiendo la nostalgia de Roma decadente, me pregunta si tendría inconveniente en ser su esclava. (Desde luego, no.)

Pero ¡qué diablo!, peor sería que abandonándome á la impetuosidad de mi temperamento completamente meridional hubiera asaltado al magnífico desconocido de la tribuna del Casino estos Carnavales, y mi atrevimiento hubiese repercutido allá para Octubre, como les sucederá á algunas irreflexivas.

Aquí se adivina la mano de la Providencia velando por mi virtud—trabajo la mando—, y puesto que ella lo quiere, ¡viva Claudina virgen! (Iba á decir por mucho tiempo: pero no, ¡qué horror!...)

Adiós, amigos míos.

Claudina Regnier.



Oración á la bohemia.

Pálidos troveros de gachos sombreros, de ojos donde brilla la maga ilusión, de la vida errante bravos caballeros, de alma toda ensueños y toda emoción por vosotros quiero decir mi oración.

Vuestra juventud de azul está llena, y florece en versos de excelsa fragancia, yo amo vuestras rimas y la petulancia de vuestros chapeos y vuestra melena. Pupilas que tienen llamas visionarias, místicos de un rito de gloria y de amor, de un sueño de oro, sombras legendarias, yo quiero llorar por vuestro dolor.

Por los peregrinos que cruzan la senda bajo el sortilegio de negra fortuna, por los tristes locos que aman la leyenda de los embrujados rayos de la luna. Por los que han caído sin haber abierto el cofre de sándalo de su corazón por los que se han muerto

Calaverada de un calvo.

Dibujo de Moya del Pino.



El joven.—¿Y usted por cuál se decide?
El viejo.—Por la más delgada. ¿Usted cree que valga la pena venir al baile á cenar con una gorda después de quince años de matrimonio con otra gorda?

sin hallar la letra para su canción,
por vosotros quiero rezar mi oración.

Por la frente cana del viejo trovero
que no supo nunca del lauro inmortal,
y por los que emprenden su éxodo postrero
en una siniestra caja de hospital.
Por vosotros, príncipes de andrajos y rimas,
líricas alondras de las altas cimas
que dora la Gloria, el Arte, el Amor.
Por vosotros, pálidos hampones vencidos
con un óleo santo de ideal ungidos,
yo quiero rezar por vuestro dolor.

Por todos los sueños que trincó la muerte
—el poema inédito y el lienzo soñado—
por todas las ansias de amor que ha frustrado
la tragicomedia de la mala suerte.
Por los que no dejan huella de su paso,
por todas las bellas ambiciones rotas,
por los inventores que burló el fracaso,
los malos histriones, las viejas cocotas.
Por los que ha vencido la mala fortuna
y al alcohol le piden piadosos peñones,
por los que volaron un día á la luna
y en los manicomios elevan sus sueños.

Bohemios troveros de gachos sombreros,
que en el alma llevan cual santos luceros
un verso divino y un ritmo inmortal;
los que por el mundo marchan deslumbrados
porque tienen siempre los ojos cegados
por un milagroso jirón de ideal.
Por los sin ventura que nunca tuvieron
la llave de oro de la inspiración,
por los que no triunfan, por los que murieron,
por vosotros quiero decir mi oración.

Emilio Carrère.



Nuestro amigo el "Duende de la Colegiata"

que ha vuelto al consabido estadio de la Prensa, tan fantástico como se fué. A nosotros nos encanta este muchacho, que escribe mucho mejor que José Juan Cadenas, el violador de operetas...

Y con Cadenas no se mete nadie.
¡Injusticias que hay!...

EX-LIBRIS



La espantosamente pelma y ridícula encuesta de nuestro rotativo compañero nocturno...

Pero bueno; esos jóvenes ¿qué es lo que quieren? Ser diputados, concejales, ministros... Vamos, hombre; pues para eso no hace falta que se mueran por sí solos los viejos; basta con que ustedes los maten. Aquí lo que se persigue es una miserable cuestión de pesetas: que ustedes, cansados de ser unos piojosos, sin una perra gorda, desean que los viejos dejen sus momios para írselos repartiendo.

Asorin, joven, ha sido diputado.

Manuel Bueno, joven, ha sido diputado. ¿Y qué han hecho? Nada. Ver, oír y callar, asombrados de la barbarie de los políticos viejos y jóvenes.

En cambio vosotros, jóvenes luchadores, queréis ser diputados para pronunciar vuestros discursos en serio, manejar vuestra influencia y llegar cuanto antes á ministros.

La juventud de ahora, la nuestra, vale poco, y además lucha de mala fe.

Hace poco tuvo un momento de pelea que pudo aprovechar y no le dió la gana.

La campaña de Noel. A mí me gustan los toros, conste.

Pero al hombre que ha escrito *El Lagartijo de Julio Antonio* hay que tomarlo en serio. Sólo en una nación castrada puede pasar ese fenómeno entre la indiferencia ó la burla.

Claro es que en casos como éste, todo se puede explicar por la envidia y la impotencia de la juventud nacional.

A PESAR de lo que digan los termómetros interesados en el reclamo, Eva, la artista de un céntrico cine, es ruidosamente meneada todas las noches por el más ó menos respetable.

De lo cual deducimos que Eva no ha debido bajar al escenario. Estaba bien en el Paraíso; lejos, queremos decir.

OTRA artista ha hecho declaraciones sensacionales contra ¡Tórtola Valencia! Todavía hay clases, señorita, vamos al decir.

CON lo de Titta Ruffo nos hemos quedado casi solos. Porque ya habrán ustedes leído que resueltamente es fenomenal.

Un solo periódico ha dicho que el fenómeno desafina. Este periódico ha sido *La Tribuna*. Y el autor de la formidable verdad el Sr. Pérez Lugín.

Nos parece muy bien, naturalmente.

Y declaramos al Sr. Pérez Lugín, con la autoridad de nuestra independencia y de nuestro buen gusto, el primer crítico del mundo.

Este acierto de *La Tribuna* vale por treinta tropezones.

Absolución para todo el mes de Febrero y dos días de Marzo.

ESTE Carnaval ha sido la apoteosis de la miseria. La mayor parte de los armatostes—librenos Dios de llamarlos carrozas—eran cajones con jovencitos y jovencitas vestidos y vestidas de percalina blanca y amarilla.

El fracaso del «baile de los nuevos fritos», como llamaban al de escultores y pintores, sólo ha servido para esto: para que estas modestas mascaritas se crean ingeniosas y arrojen de cuando en cuando un ramito de violetas y un caramelo usado, mientras lucen un pierrot de percalina blanca y amarilla.

Y viéndoles pasar tan oronlos á los jovencitos y jovencitas dentro de sus cajones daban deseos de ofrecerles dos pesetas para confetti.

¿Se puede saber por qué el Jurado declaró desierto el primero y segundo premio de carrozas, y sólo se ha otorgado el tercero á «La boda del Radjah»?

«La boda del Radjah» ha sido la Unica (así, con mayúscula) nota de verdadero arte y de buen gusto que ha tenido este paupérrimo Carnaval de 1913.

Todos los valores, el relativo y el absoluto, estaban en ella. ¿Por qué persiste el Jurado en su actitud de años anteriores?

El Círculo de Bellas Artes, como han hecho otras agrupaciones que en años anteriores se esforzaban en construir carrozas sin tacañería y con un exigente criterio artístico, desistirá de presentarse en certámenes sucesivos.

Y el Carnaval quedará reducido á los sobajeos groseros de la canalla de Recoletos y á esas cachupinadas ambulantes de los cajones donde niños góticos y niñas góticas reanudan sus juegos de los cines y se entretienen en insultar á los guardias.

ESTO de los guardias merece párrafo aparte.

En la hora del desfile—bueno; llamémoslo así—se colocan á ambos lados de la calle Alcalá dos hileras de guardias.

¿Para qué? Para que los mocosos y mocosas de las carrozas los insulten.

Son insultos insulsos, cuchufletas sin gracia, que los míseros guardias aguantan impávidos y mordiéndose el barbuquejo del casco.

Los guardias saben que estos graciosos, incapaces de hacer lo mismo con otro hombre que no lleve capote y casco de guardia, son los que escandalizan en los cines, los que arman jarana en casas de lenocinio y que cuando se les detiene dicen:

—¿Pero usted sabe quién soy yo?

Y hasta dan una tarjeta que tiene apellidos semejantes al de un político de segundo orden, un concejal, un torero ó una cupletista de fama (!!).

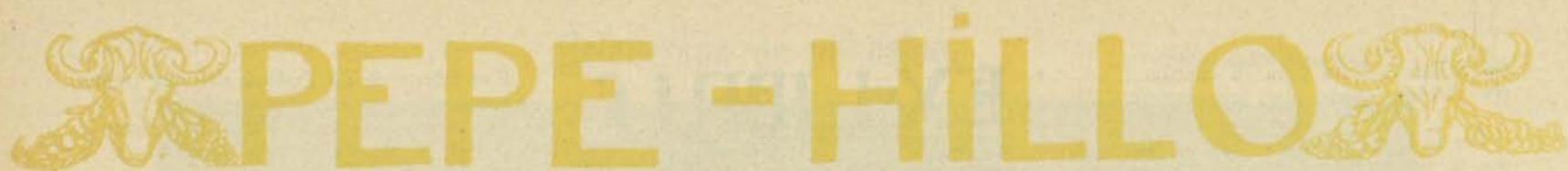
Con lo cual el guardia suele encontrarse la cesantía.

A nosotros, la verdad, nos parece un poco injusto.

No estaría demás que los guardias se fijaran en los carroceros que les insultan desde sus míseros cajones de percalinas y un día que se los encontraran vistiendo de paisano les diesen dos bofetadas y un par de puntapiés.

O que el gobernador autorizase á detener á esos títeres. Sería menos práctico; pero también les asustaría mucho. Estos niños góticos que se atreven con las medio vírgenes tienen mucho miedo á los cuartos oscuros.

PEPE - HILLO



Semanario Taurino, que, como suplemento de **EL GRAN BVFON**, aparece desde hoy en todos los números perfectamente coleccionable aparte de **EL GRAN BVFON**.

PEPE-HILLO se compone de cuatro páginas en color.

PEPE-HILLO lleva apuntes y dibujos del primer dibujante de toros Ricardo Marín.

PEPE-HILLO publicará en sus números apuntes al natural de todas las corridas de toros y novillos que se celebren en Madrid é informaciones de las de provincias.

En **PEPE-HILLO** escribirán los primeros espadas de la literatura taurina. En el próximo número aparecerá un artículo de "Don Modesto",

El precio de **EL GRAN BVFON**, en adelante, á pesar del aumento de las cuatro páginas, será de 20 céntimos.

Aficionados, no dejéis de comprar **EL GRAN BVFON** con el suplemento encuadernable de **PEPE-HILLO**.

¡VIVA LA FIESTA NACIONAL!



Se ruega á los corresponsales hagan los pedidos á la mayor brevedad á fin de poderles servir debidamente.



EN uno de esos puertos del Norte, roídos por la lluvia y enfermos de la nostalgia de las playas lejanas, se ha pegado un tiro un hombre vestido de máscara.

El drama de su vida, como el gesto trágico de su rostro, se hundió en la sombra, desconocida de los hombres.

Roberto Bracco, el dramaturgo italiano, ha escrito una obra dentro de ese horrible silencio de las máscaras que se desangran sin quitarse la careta.

Pero esa ficción, con estar tan cerca de la muerte, no es tan brutal de misterio y de inconsciencia como esta verdad de un hombre que interroga á lo desconocido bajo un rostro de cartón, que tal vez riera simbólica é incrédulamente.

Oído en la Castellana:

Una tobillera.—¡Ay, Polito! ¡Mira qué bien está esa carroza del Príncipe Alfonso! No le falta nada. Ni los cangrejos musicales siquiera.

Polito.—Te equivocas, nena. Se ve demasiado á los que están en el público. Y le faltan las butacas de arriba, tan discretas, tan...

La tobillera.—Estate quieto, Polito. Mira que estas sillas de hierro se le clavan á una...

NOSOTROS no nos asustamos de nada. Veamos un cuadro de Moreno Carbonero, y tan frescos. Leemos un artículo de León-Boyd, y como si tal cosa. Asistimos por casualidad á una representación de *Electra* en unión de los acomodadores, los bomberos de servicio y tres vales de Prensa... y *frappés*.

Pero hay cosas que irritan—y no aludimos al chocolate de cierta confitería de una calle próxima á San José (Don Diego).

Entre estas cosas figuran la desigualdad de la ley. Mientras se prohíbe que digan gracias atrociades á *La Hoja de Parra* y á sus sucedáneos, se consiente que reaparezcan en el cartel del Madrileño obras tan edificantes como *La cachunda*, *Academia de besos*, *La dormida*, etc.

Y en el Salón Madrid ocurren escenas todavía peores.

Eso no está bien, ¡qué caramba!

Ya verán ustedes cómo empiezan las reclamaciones.

Por de pronto un culto ateneísta, el amigo Luis de Terán, va á presentar una reclamación contra el Salón Madrid.

No es que al hombre le molesten las desnudeces de la Chelito y de la Preciosilla, sino que el cartel del teatro (*passa le mot*) anuncia los ensayos de una obra (volved á pasar la palabra) titulada:

¿QUE TEME TERAN?

Y Luis de Terán no teme nada. Se ha soportado todas las conferencias del Ateneo organizadas por el ministro de Instrucción pública y no le han hecho daño.

LEGIR á D. Santiago presidente de algo es lo mismo que elegirme á mí obispo de Astorga.

LA batalla fué tremenda, como la de las Termópilas.

Vencieron los ejércitos, sin jefe, de Ramón y Cajal.

Tú, joven melencólico, á quien tanto te ha preocupado todo esto, ¿sabes por un casual, quién es D. Santiago?

Me parece que estás tan pez de esto como los del otro bando.

Y no es que nosotros tratemos de echar á reñir al histólogo Cajal con Romanones No.

Pero, como presidente del Ateneo no tiene duda. D. Santiago, á mucha honra, lo hará muy mal. Y nosotros que lo veamos.

Si le llegan á ofrecer la presidencia á Maura le echa un vistazo de desprecio á Cicerón.

Maura no tiene talento. Romanones, sí. ¡Como que ha inutilizado al hombre de la Lealtad—de la calle de la Lealtad—para toda su vida!

LA Prensa tiene un fin altamente elevado que cumplir, un fin educador porque la Prensa, cualesquiera que sean las ideas, que en ellos se sustenten, siempre que estén dentro de la moral universal, será respetada por todos, pues jamás el lucro puede constituir propia finalidad.

La Prensa será una cátedra, una cátedra libre; pero lo que no puede ser jamás es un bazar ó mercado de feria donde lo que se persiga es vender mercancía, no haciendo periodismo, sino dando jamones, garbanzos, billetes de ida y vuelta, décimos de lotería, ¡de esa moral lotería!, etc., etc. Esto es sencillamente, prostituir el rotativo, arrancarle su prestigio, de cuarto poder convirtiéndola en un quincallero ambulante.

Esta Prensa, si así puede llamársela, es tan repugnante como la grosera y soez que injuria por injuriar y avergüenza con sus pornografías.

Que *La Correspondencia de España*, de historia brillante, y no menos brillante actualidad; *El Imparcial*, modelo en todo tiempo de rotativos; *El Liberal*, maestro entre los maestros; *el Herald de Madrid*, verdadero fundador del rotativo moderno; *A B C*, de información gráfica impecable y no superada en el extranjero; *La Mañana*, *El Mundo*, *El País*, *España Nueva*, etcétera, etcétera, que todos estos rotativos que consolidaron su fama y se hicieron necesarios para la vida intelectual de España gracias al noble ejercicio del periodismo, apareciendo en sus columnas nombres tan prestigiosos como el marqués de Santa Ana, Ortega Munilla, Gasset, Mariano de Cavia, Leopoldo Romeo, Jacinto Benavente, el malogrado D. José Canalejas, Eusebio Blasco, Miguel Moya, Ló-

pez Ballesteros, Manuel Bueno, Argente, Alfredo Vicenti, *Fernanfior*, Joaquín Dicenta, Silvela, Rodrigo Soriano, Castrovido, etcétera, etc., que todos estos diarios, repetimos, regalen y obsequien al público onzas de oro, mantones de Manila, billetes de los toros, automóviles, casas de obreros, nos parece perfectamente, porque su obsequio, *su regalo es verdadero regalo*, pues para existir y vivir y consolidar su fama estos rotativos no necesitaron acudir al regalito, sino que hicieron periodismo, sólo periodismo; lejos de guiarles espíritu de lucro al hacer los regalos, lo hacen exclusivamente en obsequio de su público, que del mismo modo los compraría. Es decir, en este caso hay periódico hecho sin necesidad de cupón, y además cupón en obsequio al público.

Pero ¿podríamos decir lo mismo de un rotativo que se fundara ó hubiera fundado á base sólo de regalitos, no importándole la gran finalidad moral de la Prensa?

Y si no, al rotativo que se fundara así que le quiten el regalito. A ver lo que dura.



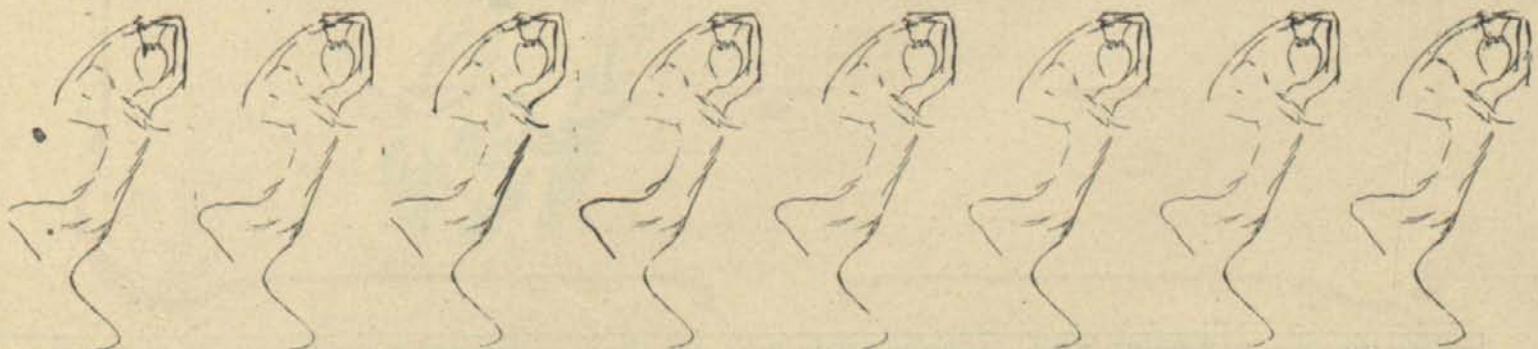
—¿Me comprarás el sombrero rojo?
—¡Se te ponen unas cosas en la cabeza, mujer!
—Me las quiero poner, que no es lo mismo.

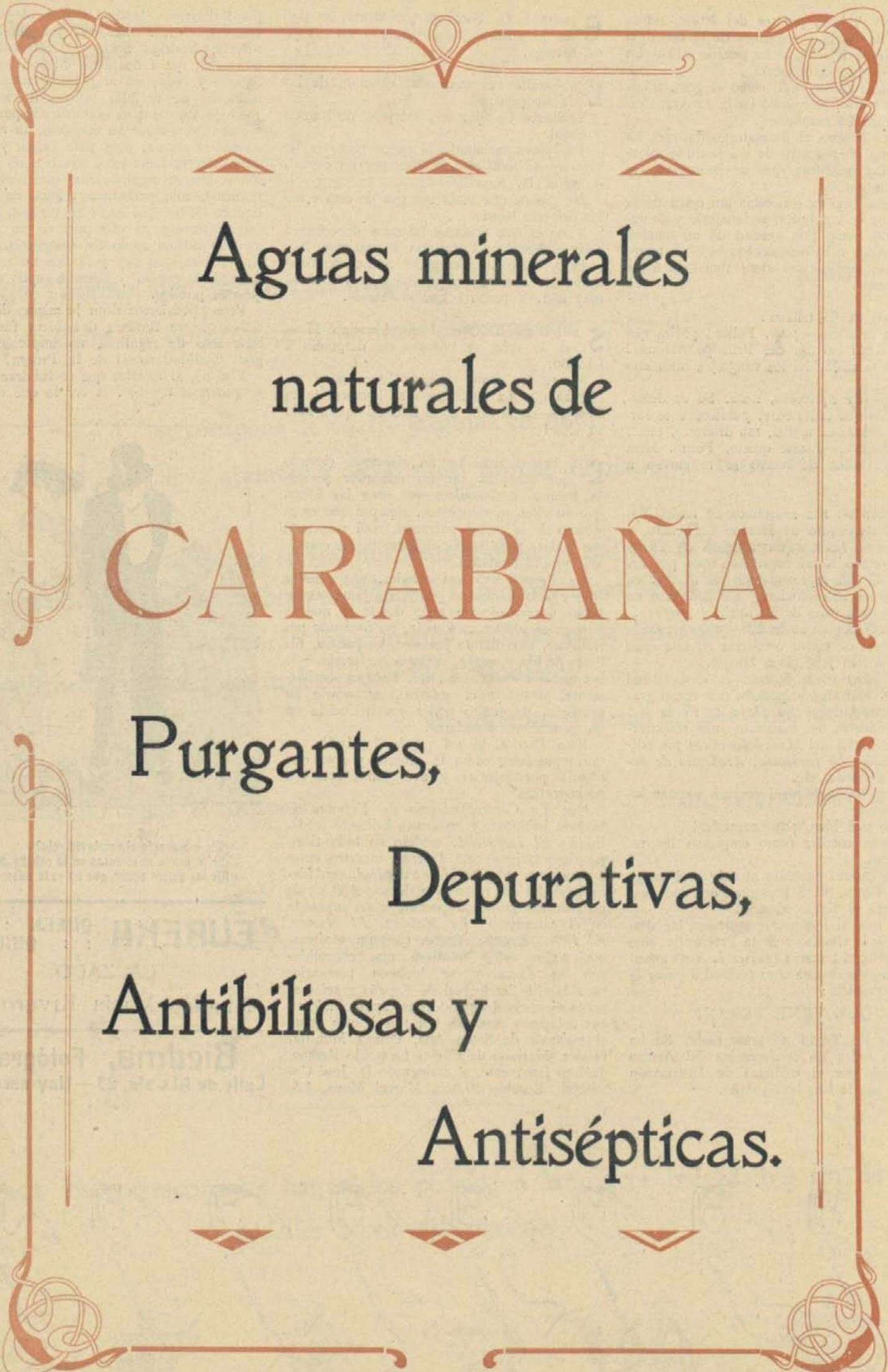
EUREKA QUEEN : : :
: : : QUALITY

CALZADO

Nicolás María Rivero, 11

Biedma, Fotógrafo
Calle de Alcalá, 23.—Hay ascensor





Aguas minerales
naturales de
CARABAÑA

Purgantes,
Depurativas,
Antibiliosas y
Antisépticas.